



## Referentes...

### La fragilidad humana frente al terror de lo sublime: William Turner

Por Danilo Rúa Espinosa

Sumido en el ego del 'Ser' el hombre se eleva por encima de la vida como el dueño del universo, no obstante, un terremoto, una pandemia o una tormenta le hace recordar que también él hace parte de la naturaleza ¡Y quizás la parte más frágil! Y es la fragilidad, el asombro y la pequeñez del hombre frente a la naturaleza, lo que sin duda inspiran los paisajes de Joseph Mallord William Turner, el pintor inglés cuyos paisajes, movidos por la fuerza imperante de la naturaleza, nos trasladan a esas atmosferas que a diario nos presenta la naturaleza en el esplendor de un amanecer nublado, un atardecer con un sol incandescente o una oscura borrasca marina. Turner, fascinado por la contemplación de estos espectáculos naturales, se pierde en el lienzo buscando plasmar no solo los colores sino, ante todo, las emociones humanas que afloran cuando presenciamos alguno de estos.

William Turner nació en 1775 en Covent Garden, Londres, ciudad donde también aconteció su muerte a los 76 años en 1851. Prolífico en su hacer artístico, a sus 14 años ingresó a la Royal Academy of Art, uno de los institutos de arte más importantes de Inglaterra, a los 15 años expuso su primer acuarela y a los 21 exponía una pintura al óleo en la Real Academia. Desde ahí se dedicaría a desarrollar su pintura dominando el estilo académico que luego tomaría un estilo propio, movido por su reflexión profunda por lo sublime como la expresión más relevante del estilo romántico. De ahí que en sus paisajes se contemple una fuerte presencia de la luz, efecto creado por el manejo de la acuarela, al igual que, una superposición de color en veladuras, efecto causado por lo translucido el óleo, que unidos generan unas atmosferas capaces de envolver el espíritu humano.

Tal es el caso de *El incendio de las cámaras de los Lores y los Comunes* (1834), donde el fuerte colorido permite reconocer no solo la imagen representada al presenciar un incendio de gran magnitud, sino la sensación de pánico que se produce en el ser humano. O percibir el miedo a lo desconocido, como se percibe en la actualidad, por aquellos cambios que el progreso impone y que amenazan con la vida del hombre como lo hizo en su época la revolución industrial y que el artista recrea en ese tren que se abre paso en medio de la bruma del cielo turbio en su obra *Lluvia, vapor y velocidad* (1844); causando esa nostalgia por aquel

pasado que ya no volverá a ser igual. Muy contraria a estas sensaciones, es lo que se percibe en *El «Temerario» remolcado a su último atraque para el desguace* (1839), una de sus obras más reconocidas, donde se visibiliza otro rasgo característico de los románticos como es la pasividad y éxtasis de verse de cara a la maravillosa expresión de la naturaleza pero que al mismo tiempo nos deja con esa sensación de malestar al recordar lo frágil que se es en un mundo cargado de belleza. Y es que la belleza, en su máxima expresión de lo sublime, también se puede tornar terrorífico y, muchas veces, se presentan al mismo tiempo como están presentes en la obra de Turner donde uno no sabe si apreciar lo bello o sombrío de sus paisajes.



**El incendio de las cámaras de los Lores y los Comunes.** (1834). Óleo sobre lienzo. 92 x 123.1 cm. Museo de Arte de Filadelfia.



**Lluvia, vapor y velocidad.** (1844). Óleo sobre lienzo. 90,7 x 121,6 cm. Galería Nacional. Londres.



**El «Temerario» remolcado a su último atraque para el desguace.** (1839). Óleo sobre lienzo. 91 x 121,8 cm. Galería Nacional. Londres.